



# LA OPCIÓN DECISIVA ANTE LA PREDICACIÓN DEL REINO

Mateo 13,44-52

## Canto de entrada

Juntos cantando la alegría / de vernos unidos en la fe y el amor;  
Juntos sintiendo en nuestras vidas / la alegre presencia del Señor.

Somos Iglesia peregrina que él fundó / Somos un pueblo que camina sin cesar

Entre cansancios y esperanzas hacia Dios. / Nuestro amigo Jesús nos llevará.

Hay una fe que nos alumbra con su luz, / una esperanza que empapó nuestro esperar. Aunque la noche nos envuelve en su inquietud, / Nuestro Amigo Jesús nos guiará.

Es el Señor, nos acompaña al caminar. / Con su ternura a nuestro lado siempre va. Si los peligros nos acechan por doquier, / nuestro Amigo Jesús nos salvará.

## Saludo

Toda la acción de Jesús es un anuncio del Reinado de Dios: venimos de Dios, en él existimos y nos movemos, y estamos destinados a disfrutar siempre de su alegría de Dios.

Jesús mismo, desde su dimensión humana, vive personalmente del Reinado de Dios: reinado de amor que él vive como Hijo amado del Padre y del que quiere hacernos partícipes. Por eso nos enseña a pedirlo: "venga a nosotros tu Reino".

Tal como decimos en la liturgia, el Reino de Dios es un "Reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz."



## Ambientación

“Solo se vive una vez”. Y hay cosas que sólo suceden una vez. Tanto tiempo esperando, a veces sin saberlo, algo que pueda dar un sentido a tu vida, y de repente... aparece: Una palabra que te despierta; un momento de verdad y reconciliación; una persona que te llega; un compromiso que se te ofrece y asumes... un tesoro escondido o una perla de gran valor. La condición es que estés ahí cuando aparezca y que no la dejes pasar.

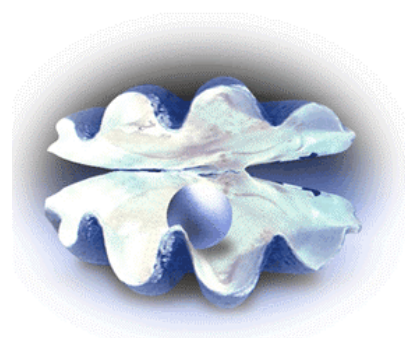
El corazón suele ser el mejor consejero en estas ocasiones aunque sin perder la cabeza. No tengas miedo de vender lo que haga falta. Lo que parece tan valioso no es nada comparado con lo que vas a adquirir. Ya sabes: estate atento, agárrate a lo que realmente vale cuando aparezca y “entra en el Reino”. ¡Arriésgate!

“Dame, Señor, espíritu de riesgo para dejar, incluso, lo bueno a favor de lo mejor”.

### Evangelio según San Mateo 13, 44-52

El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel.

También es semejante el Reino de los Cielos a un mercader que anda buscando perlas finas, y que, al encontrar una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra.



También es semejante el Reino de los Cielos a una red que se echa en el mar y recoge peces de todas clases; y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan, y recogen en cestos los buenos y tiran los malos. Así sucederá al fin del mundo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de entre los justos y los echarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes.



¿Habéis entendido todo esto? Dícnle: Sí. Y él les dijo: Así, todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo.

## EN SILENCIO, RELEAMOS DE NUEVO EL TEXTO

### Reflexiones

Jesús nos anuncia o nos proclama el Reino de Dios en estos últimos evangelios. El Reino de Dios es un Reino de amor, de paz, de justicia...



El Reino de Dios pasa desapercibido para quien se desentiende del mensaje de Jesús, pero para el que se interesa e investiga, es como un tesoro escondido que de repente un hombre encuentra en medio del campo.

Solamente los limpios de corazón y abiertos al Espíritu pueden captar este potencial, ya que la enseñanza de Jesús es completamente nueva, desconcertante e imprevisible.

Estas dos palabras insisten en la disposición esencial para formar parte de este Reino: estar dispuesto a venderlo todo por él.

A primera vista esto parece una locura, pero el hombre lo da todo "por su gozo". El que ha saboreado un poco de las delicias del Reino, comprende que es allí donde está el verdadero tesoro, y se compromete hasta el fondo.

El Reino de Dios está cerca, decía Juan el bautista: ¡Convertíos y creed en la Buena Nueva! Después, es Jesús mismo quien nos habla del Reino de Dios que es un Reino de amor, de paz, de justicia, Reino sin dolor y sin llanto, y nos enseña a pedirselo a Dios cuando rezamos el Padrenuestro. Y por último, son los apóstoles los que nos dicen que es Jesús mismo el Reino de Dios, que pasó haciendo el bien, dando amor, curando, enseñando.

Quien tiene a Jesús está viviendo el Reino de Dios en la tierra.



## Contemos alguna experiencia vivida sobre el Reino de Dios

- ❖ ¿Lo buscamos? ¿Lo deseamos?
- ❖ ¿Estamos dispuestos a encontrarlo y a comprarlo?

## Salmo 131

No está inflado, Señor, mi corazón, ni mis ojos subidos. No he tomado un camino de grandezas ni de prodigios que me vienen anchos. No; mantengo mi alma en paz y silencio como niño destetado en el regazo de su madre. ¡Como niño destetado está mi alma en mí!

¡Espera, Israel, en el Señor desde ahora y por siempre!

### Canto final

## Que dulce es estar contigo Señor

Que dulce es hablar al mundo de amor  
compartir tu presencia y sentir  
que hasta el viento reclama tu voz...

Somos aves que volamos sin saber  
si en el aire que surcamos bajo el sol  
encontraremos un lugar para acampar  
encontraremos nuestra ansiada libertad...

Y tú, solo tu, eres luz que ilumina mi ser.  
Y tú, solo tu, das tu vida y no  
preguntas por qué.

Son los hombres los que crean la maldad  
son las guerras que destruyen tu ciudad...  
Cambiaría todo el oro y el poder  
Si existiera en este mundo la igualdad...



A la época de Jesús las perlas fueron mucho más preciosas que hoy, sea por su rareza, sea porque no existían las artificiales. El Maestro usa este símbolo para indicar su Reino, único por su belleza y atractivo y por el cual vale de veras la pena renunciar a todo el resto y vender cada cosa. En el mundo contemporáneo, donde no se quiere de una vez poner límites a los derroches y a las inmensas riquezas y tesoros que nos hacen palidecer, no tenemos idea de qué es el bien más precioso que podemos recibir. Tímidamente, todavía alguien se acuerda quizás, de algo que no es sólo raro, sino hasta único: la vida.

El tesoro de que nos habla Jesús tiene un valor que supera aquel de toda la creación: el Reino de los cielos. En efecto, lo que de bonito, de bueno y de positivo hay en nuestra vida, y que podemos gustar y admirar en este mundo, es sólo una pálida, parcial y fugaz anticipación de lo que nos espera allá. El problema es que el tesoro está escondido, y sólo quien lo encuentra puede darle el justo valor, listo a sacrificar todo con tal de asegurárselo definitivamente. El tesoro es ante todo Jesús, presente en la vida de la Iglesia y en los sacramentos a través de los sacerdotes. Aseguremos las verdaderas perlas de este mundo.

#### “... COMO UN TESORO ESCONDIDO”

En una ocasión, un gran rey cruzaba el desierto. Lo seguían sus ministros. De pronto, uno de los camellos se desplomó a tierra y se rompió el baúl que cargaba en su joroba. Una lluvia de joyas, perlas preciosas y diamantes se desparramó sobre la ardiente arena. El rey dijo a sus ministros:

– “Señores, yo sigo adelante. Ustedes, si quieren, pueden quedarse aquí. Todo lo que recojan, será suyo”. Y continuó su viaje sin parpadear, pensando que ya nadie lo seguiría. Al cabo de un rato, se da cuenta de que alguien viene detrás de él. Vuelve la mirada hacia atrás y ve que es uno de sus ministros. El rey le pregunta:

– “¿Qué no te importan las perlas y diamantes de tu rey? Podrías ser rico toda tu vida...”  
Y el ministro replica:”

– “Me importa más mi rey que todas las perlas de mi rey”.

Esta bella historia del poeta persa Firdusi podríamos aplicarla perfectamente al Evangelio que hoy nos ofrece el Señor para

nuestra meditación: "El Reino de los cielos –nos dice– se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder, y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra aquel campo".

Entre ambos relatos hay algunas diferencias: en la primera narración el ministro "deja" los tesoros de su amo; mientras que en la segunda, el hombre de la parábola "compra" el campo para adquirir el tesoro que ha encontrado. Parecería, según esto, que ambas narraciones resultan contrapuestas entre sí. Pero, no obstante estas variantes, el contenido de fondo es bastante semejante. Trataremos de explicarlo.

Lo que nuestro Señor quiere resaltar con la parábola del tesoro escondido – como también con la otra parábola que viene a continuación, la del mercader de perlas finas– no es tanto el objeto material del tesoro escondido, sino la decisión fundamental de estos dos hombres de dejar todo para llegar a poseer ese tesoro de incalculable valor que han encontrado. "Va a vender todo lo que tiene –nos dice Cristo– para comprar aquel campo". Este es el mensaje esencial de la parábola: vender todo para poder comprar todo. Aquí está precisamente el punto de convergencia con el cuento persa: también el ministro deja sus perlas para quedarse con lo verdaderamente importante, que es su rey.

A la luz de esta última historia comprendemos que el tesoro escondido de nuestra parábola no es algo material, sino que es Cristo mismo, nuestro Rey supremo: importa infinitamente más el Señor de las cosas que las cosas del Señor. En efecto, todos los teólogos y biblistas católicos afirman con unanimidad que el Reino de los cielos del que Cristo nos está hablando en estas parábolas es ÉL mismo. El centro de su mensaje es su Persona. ¡Él es el único y verdadero tesoro de nuestro corazón!

Bernal Díaz del Castillo, en su "Historia de la conquista de la Nueva España", nos narra que el capitán Hernán Cortés, cuando desembarcó con sus hombres y puso pie en el continente americano, quemó todas las naves. El mensaje era clarísimo: había que acabar con todo lo que significara una huida, un retorno al pasado o la posibilidad de una marcha atrás. No había escapatorias. La única opción posible era ir hacia adelante.

Es el mismo mensaje que Cristo nos da en el Evangelio de hoy: no hay marcha atrás. Hay que "quemar" todo, "vender" todo para comprar ese tesoro escondido. Desafortunadamente, hoy en día son muy pocos los cristianos que están dispuestos a "quemar" las naves de sus seguridades personales o a "vender" todas sus posesiones con tal de alcanzar a Cristo. ¡Cuántos hoy en día se llaman "buenos cristianos", pero siguen aferrados como lapas a su propio egoísmo y vanidad, y no quieren prescindir de sus frenéticos apegos a las riquezas, a las comodidades, a la vida fácil y a los

placeres mundanos! Es mil veces más sencillo arrancar una concha o un erizo de un acantilado marino que mover su voluntad de sus apegos desordenados. Y lo peor de todo es que muchas veces estas cosas conducen al hombre al pecado, no porque sean malas en sí mismas, sino porque es tal la ambición con la que se vive que le impiden acercarse a Dios y abrir el alma a su gracia redentora.

Es ésta la lógica "paradójica" del Evangelio: llorar para reír, sufrir para ser feliz, dejar que te persigan para entrar en el Reino de los cielos, morir para vivir, vender todo para poseerlo todo... ¡Así es el Evangelio: una paradoja que conduce a la felicidad y a la vida eterna! San Pablo, que bien sabía de estas cosas, y no por oídas sino por experiencia personal, así lo expresa: *"lo que tenía por ganancia, lo considero ahora por Cristo como pérdida, y aun todo lo tengo por pérdida a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo amor todo lo sacrifiqué y lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo"* (Fil 3, 7-8).

Ésta es la ley cristiana del "perder todo para ganarlo todo". "El que pierda su vida por mí, la encontrará" nos decía Cristo.

"Ser luz del mundo y sal de la tierra" exige vender todo lo que estorba para poseer a Cristo y ser, de este modo, un auténtico heraldo y mensajero de su amor en el mundo.

Hoy Cristo también está hablando con amor a tu alma. No le cierres tus entrañas. Escúchalo. Déjalo entrar en tu corazón y dale una respuesta pronta y generosa. No tengas miedo. Él está contigo y te da las fuerzas necesarias para responder con amor a su llamada.

¿Qué es lo que tú tienes que vender? ¡Ve, pues, lleno de alegría, a vender todo lo que tienes –aquello que te impida acercarte a Cristo– y compra ese campo que esconde el maravilloso tesoro, que es Jesucristo mismo!

